

van á las sociedades infantiles ó viriles aceleran la muerte de las sociedades decrépidas. El Imperio otomano había llegado á aquel grado de vetustez en que la vida de los pueblos consiste en la continuación de sus tradiciones históricas y de los hábitos adquiridos; semejantes á los hombres agobiados por la edad, que no viven sino con el recuerdo de su infancia. Conmovido por Mahmoud el islamismo en sus hondos fundamentos, el Imperio de los osmanlís sintió debilitadas sus creencias antiguas sin poder adquirir otras creencias, parecido á un hombre caduco que, careciendo ya de la facultad de comprender, perdiera de repente la memoria.

De esta manera, puede afirmarse con razón que Mahmoud, siendo el más grande entre los turcos, sólo ha servido para acelerar la rápida declinación de la Turquía, dando así un claro testimonio de que los hombres grandes son dóciles instrumentos de la Providencia, y de que no hay mano bastante poderosa para detener la mano de Dios cuando precipita á los Imperios.

VIII

M. de Bonald, hablando de la Turquía, ha dicho: LOS TURCOS ESTÁN ACAMPADOS EN EUROPA. Ya hemos visto cómo ha pasado el huracán por ese campamento, y cómo se ha llevado en su recio torbellino sus frágiles tiendas.

El mismo escritor, hablando de la Rusia, ha dicho: ESE PUEBLO SEMIBÁRBARO, DIRIGIDO POR UNA POLÍTICA SABIA, ESTÁ DESTINADO Á OBRAR GRANDES COSAS EN EL MUNDO. En este artículo nos ocuparemos en hablar de las grandes cosas obradas por la Rusia, porque las dos expresiones bellas y profundas de M. Bonald eran dos grandes profecías, y el tiempo de su realización ha llegado.

Hablando de los rusos después de haber hablado de los osmanlís, no hacemos otra cosa sino seguir la corriente de los instintos de los pueblos que ponen su vista en San Petersburgo

si por ventura oyen pronunciar el nombre de Constantinopla. Una cadena invisible une á esas dos grandes ciudades, capitales famosas de dos grandes Imperios, con vínculos misteriosos. San Petersburgo comienza á existir cuando Constantinopla comienza á decaer. La decadencia de Constantinopla es rápida y continua: el progreso de San Petersburgo, rápido y constante. Por esta razón, no es de extrañar que, sometidos los hombres al influjo de ciertas analogías históricas, se pregunten á sí propios viendo eclipsado el astro de la Turquía: “¿El astro de la Rusia será el único que ilumine el horizonte como Señor y Rey de la tierra?”

Cuando Mahometo II destruyó el Imperio de Oriente, los moscovitas acababan de emanciparse de la dominación de los tártaros. Dos siglos después, corriendo ya el siglo XVII, estaban todavía sujetos á la Polonia, siendo desconocidos del mundo. Enclavado el Gran Ducado de Moscovia entre naciones poderosas y guerreras, cualquiera hubiera dicho que estaba destinado á morir en el período de su infancia. Pero el pueblo Hércules se levantó y devoró á los monstruos que rodeaban su cuna. El período de su engrandecimiento comienza con Pedro el Grande, y Pedro el Grande aparece cuando la Turquía comienza á declinar, viendo empeñado en todas partes el lustre de sus armas. Aquel Ducado y este Imperio han caminado con paso tan igual, que en el mismo día y en la misma hora en que el Imperio otomano pise el borde de su sepulcro, el que fué Ducado de Moscovia tocará el último límite de su grandeza, después de haberse convertido en el más dilatado y poderoso de todos los Imperios. La Rusia abarca hoy día la octava parte de mundo habitable y la vigésimaséptima de todo el globo. Este Imperio colosal, al mismo tiempo que amenaza á todas las gentes, no puede ser atacado, porque está ceñido de inaccesibles fronteras. Por el Oriente, sus fronteras son los desiertos; por el Mediodía, la China, el mar Caspio, el Cáucaso y el mar Negro; por el Occidente, la Prusia Oriental, el Báltico, el golfo de Finlandia y el de Botnia, y por el lado del Norte se apoya

en el polo del mundo. Este Imperio inaccesible se ha hecho señor de todas las posiciones que servían de fronteras naturales á todos los Imperios. Señor del Báltico, amenaza la Suecia. Señor de Polonia, pone espanto á la Alemania. Señor del mar Negro, sus águilas pueden volar en un día desde Sebastopol á Constantinopla. Desde el Cáucaso amenaza á la Persia. Desde la Persia influye en las revoluciones interiores del Asia Central, fronteras del Imperio británico de la India. Y como si le viniera estrecho tan gigantesco Principado, coloso de Europa, tiende su brazo por el Océano glacial para unir su mano á la mano de otro coloso: la América. De este Imperio puede decirse que su historia parece una fábula; los que le miran tienen motivo para dudar si las fábulas de los Imperios asiáticos son fábulas ó son historias.

Lo que más admira en la Rusia, es la fuerza irresistible de expansión. Los demás Imperios del mundo no han extendido sus límites ni han ensanchado sus fronteras sino cuando han sido conducidos por el brazo indomable de capitanes insignes ó de conquistadores famosos; y si, por ventura, les ha faltado el apoyo de ese brazo potente, luego al punto han comenzado á declinar, perdiendo como por encanto su grandeza y poderío. ¿Qué era el Imperio de los asirios antes; qué fué después de Nino y de Semíramis? ¿Qué era antes; qué fué después de Ciro el Imperio de los persas? ¿Qué era el Asia antes de Alejandro; qué fué después de su muerte? La misma República romana, gloriosa siempre y siempre triunfante, cualesquiera que fueran los cabos de sus legiones en vez de contradecir viene á dar un insigne testimonio de esa ley universal de la Historia. La República romana alcanzó la conquista de la tierra porque fué gobernada siempre por un hombre inmortal que se llamaba... Senado.

Esa ley de la Historia sólo ha sido quebrantada por la Rusia. Un grande hombre echó los cimientos de ese Imperio y le dió el soplo de vida. Desde entonces acá ese Imperio se ha derramado sólo por el mundo, sin apoyarse en el brazo de sus

Emperadores ni en el brazo de sus Capitanes. La Rusia ha sido gobernada por Emperadores estúpidos; ha sido gobernada por mujeres; ha sufrido ásperos estremecimientos, grandes trastornos, y el vaivén y la oscilación de las revoluciones. Pues bien: la Rusia, mal gobernada y revuelta, ha ensanchado sus fronteras y ha dilatado sus límites. No ha muchos años que obedecía al blando cetro de un Emperador clemente, pacífico y piadoso, para quien la más dulce de todas las esperanzas y la más bella de todas las ilusiones era la concordia de los pueblos y la fraternidad de los Reyes. Pues bien: durante el reinado de ese Emperador vino la Rusia á las orillas del Sena, se apoderó de la Finlandia, del Gran Ducado de Varsovia, de la Besarabia, del Cáucaso, de la Mingrelia, de la Georgia y de la Circasia. Su engrandecimiento es obra suya ú obra de la Providencia; no es obra de los hombres.

Tal es el Imperio que asoma por las puertas del Mediterráneo; conturbando con su presencia en ese lago de la civilización á las naciones de la Europa, y dando origen á la cuestión del Oriente; cuestión que, si bien se mira, se reduce á averiguar cuántos han de ser los herederos y en qué manera se han de repartir los despojos de un cadáver.

La conducta de la Rusia con respecto al Imperio de los osmanlís, ha sido idéntica á la que observó con respecto á la Persia, y á la que observó con respecto á la Polonia. La Rusia, guerrera para vencer, vence para proteger al vencido. Y en el momento en que el vencido toma el nombre de su aliado, se convierte en su víctima y su presa. Las victorias de la Rusia conducen á la protección; su protección á la muerte. Así, después de haber guerreado con la Polonia, comenzó por intervenir como protectora en sus negocios interiores, y concluyó por dispersar sus miembros palpitantes. Así, después de haber guerreado con los Soberanos de la Persia, aseguró la diadema en la frente del actual Soberano, protegiéndole contra sus enemigos exteriores y contra sus enemigos domésticos, y hoy día es y su protectorado ha trasladado á Petersburgo la soberanía de

la Persia. Así, después de haber combatido, en el espacio de siglo y medio, con el Imperio otomano en cien batallas campales; después de haberle despojado de sus mejores provincias, y después de haber arrancado de la frente de sus Emperadores uno á uno los más bellos florones de su espléndida corona, hoy le abruma con el peso de su protección, después de haberle abrumado con el peso de sus triunfos, acechando desde Sebastopol y desde Odesa el momento en que ha de convertir á Stambul en nido Imperial de las águilas moscovitas.

Su protectorado se funda en el tratado famoso de Unkiar-Skalesi, y al tratado dieron ocasión las rápidas conquistas de Ibrahim, cuando en 1832 se derramó por la Siria y por el Asia Menor, amenazando á la capital del Imperio. Viéndose el Sultán Mahmoud en trance tan apurado, sin recursos y sin Ejércitos, encomendó su defensa al brazo de la Rusia, que, según su antigua costumbre, abandonó entonces el título de enemiga por el de aliada y protectora.

En el artículo 1.º del tratado se dice que habrá paz, amistad y alianza perpetua, así por tierra como por mar, entre los dos Emperadores, entre sus súbditos y entre sus Imperios; y como el único objeto de esta alianza sea la defensa común de sus Estados contra cualquiera invasión por parte de sus enemigos, Sus Majestades se comprometen solemnemente á ponerse de acuerdo sobre todo lo que tenga relación con su tranquilidad y seguridad respectivas, y á prestarse con este fin todo el apoyo y todos los recursos materiales que se estimen necesarios.

Por el art. 2.º se confirma de nuevo, por medio de una solemne renovación, así el tratado de paz de Andrinópolis, firmado en 2 de Septiembre de 1829, y los demás comprendidos por él, como la convención firmada en San Petersburgo en 14 de Abril de 1830, y el convenio relativo á la Grecia, firmado en Constantinopla en 9 de Julio de 1832, declarando que dichos tratados se consideran como incluidos literalmente en el actual de alianza defensiva.

En el art. 3.º se dice que, en consecuencia del principio de

conservación y de defensa mutua que sirve de base al presente tratado de alianza, y del sincero deseo de asegurar la duración, el mantenimiento y la absoluta independencia de la Sublime Puerta, la Rusia se obliga á poner á su disposición sus fuerzas navales y militares siempre que, viéndose amenazada, reclame su apoyo, porque le estime necesario.

En el art. 4.º se dice que, en el caso de que una de las dos potencias reclame el auxilio de la otra, sólo los gastos de manutención de las fuerzas de tierra y de mar otorgadas por la potencia protectora serán de cuenta de la que hubiese pedido socorro.

Finalmente, en el 5.º se dice que aunque las dos altas partes contratantes tengan la firme intención de mantener indefinidamente este convenio, sin embargo, como podía suceder que las circunstancias exigiesen algunas modificaciones más adelante, se fija al tratado la duración de ocho años que deberían correr desde el día de la ratificación de los dos Emperadores. También se previene que antes de la conclusión de este término las altas partes contratantes se pondrán de acuerdo sobre la renovación del tratado, ó en los términos que, llegado este caso, exijan las circunstancias.

Siguen después dos artículos formularios, y las firmas de los plenipotenciarios de las dos potencias aliadas. La fecha del tratado es el 8 de Julio de 1833.

A este tratado se agregó el mismo día un artículo adicional y secreto, que á la letra dice así:

“En virtud de una de las cláusulas del artículo 1.º del tratado público de alianza defensiva ajustado entre la Sublime Puerta y la Corte Imperial de Rusia, las dos altas partes contratantes se obligan á prestarse mutuamente los socorros materiales y el apoyo más eficaz con el fin de afianzar la seguridad de sus respectivos Estados. Esto no obstante, como S. M. el Emperador de todas las Rusias desea evitar á la Sublime Puerta el grave embarazo que le resultaría de verse obligada á cumplir la obligación que ha contraído de ayudar á la Rusia con un so-